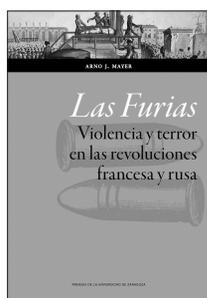


¿Son las Furias el destino de las revoluciones?

Dolores Sánchez Durá



Arno Mayer, *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*, traducción de Víctor Lucea Ayala, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, 804 págs.

*Las glorias humanas más augustas bajo los cielos,
sin honor languidecen bajo tierra,
derretidas por los ataques de nuestros vestidos negros,
por la vengativa danza de nuestro pie.*

–Pues somos [...] augustas recordadoras de las desgracias

(Euménides. 368-71, 383-385)

Arno Mayer no es un historiador muy frecuentado en España. Su obra más conocida *La persistencia del antiguo régimen. Europa desde 1848 a la Gran Guerra*, publicada en 1981, vio la luz entre nosotros en 1994 y hasta la reciente aparición de *Las Furias* en edición de la Universidad de Zaragoza no se había traducido ni este libro, que apareció en 2000, ni su anterior sobre el Holocausto que tiene un título casi bíblico: *Why did the heavens not darken? The «final solution» in history* y que se publicó en 1988. Estas tres obras son muy relevantes para comprender tres de los grandes problemas de la historia contemporánea: la llamada «Guerra de

Treinta Años» de la primera mitad del siglo XX, el judeicidio y las razones del Holocausto, y las revoluciones como fuentes de violencia, desorden y ruptura traumática del orden antiguo. Y las tres están escritas a contracorriente, es decir, peinando a contrapelo, en afortunada expresión de Benjamin, la historiografía y sus respuestas *mainstream*.

Su libro *La persistencia del antiguo régimen* quiere ser una contribución al debate sobre la naturaleza profunda de las calamidades que han marcado la historia de Europa en el siglo XX. Parte de la hipótesis de que la Segunda Guerra Mundial está vinculada como por un cordón umbilical a la Primera Gue-

rra Mundial y que estos dos conflictos constituyen la Guerra de Treinta Años de la crisis general del siglo XX. La segunda hipótesis es que la Gran Guerra fue la expresión de la decadencia y de la caída del orden antiguo luchando por su supervivencia más que la manifestación del fulgurante ascenso del capitalismo industrial resuelto a imponer su supremacía. En toda Europa a partir de 1917, las tensiones de una guerra que se prolongaba acabaron por sacudir los fundamentos del antiguo orden que había sido el que la había incubado. Sin embargo, a excepción de Rusia, donde el más retrógrado de los antiguos regímenes se hundió, desde 1918-1919 las fuerzas de la retaguardia se reconstituyeron lo suficiente para agravar la crisis general de Europa, para afianzar el fascismo y contribuir a la reaparición de la guerra total en 1939. La tercera y principal hipótesis es que el orden antiguo en Europa era esencialmente preindustrial y pre burgués. Ha habido –dirá Mayer– una tendencia neta a subestimar, además de desvalorizar, la capacidad de permanencia de las viejas fuerzas y de las viejas ideas, y su habilidad para asimilar, retrasar, neutralizar y subyugar la modernización capitalista, incluida la industrialización. Arno Mayer afirma al final de su obra sobre *La persistencia del antiguo régimen*:

Fernando no fue otra cosa que la víctima del comando terrorista que tiró en solitario los tiros fatales de Sarajevo. Detrás de esta víctima se perfilaba la diana más amplia que apuntaba a élites venerables y a viejas instituciones empeñadas en prolongar su vida privilegiada, y si fuera necesario recu-

riendo a la fuerza y a la violencia. Pero este objetivo desmesurado era muy resistente y coriáceo para ser algo más que deteriorado por algunos disparos territoriales. Hizo falta las dos guerras mundiales –la Guerra de Treinta Años del siglo XX– para hacer desaparecer y exorcizar al fin la presunción feudal y aristocrática que se cernía sobre las sociedades civiles y políticas de Europa.. (Mayer, 1981,316)

Mayer es, pues, un historiador que explica la genealogía de las dos guerras mundiales por su inscripción en un proceso de muy larga duración y de lenta sacudida y agonía del antiguo régimen. Es un marxista crítico que no pone la primacía en la economía o no solo, y que tiene muy en cuenta el largo aliento de despedida de unas elites privilegiadas que intentarán siempre incorporar a los nuevos grupos dirigentes. Unas élites que harán todo lo posible para que la caducidad de un régimen posibilitara que, poco a poco, la sociedad que surgiera de su final fuera lo suficientemente deudora de la antigua para procurarse espacios de supervivencia y de perdurabilidad, aunque fuese sobre la base de nuevos escenarios de dominación. En este sentido es un buen intérprete de Tocqueville, y su lectura de la crisis del *ancien régime* es deudora de aquel, aunque nunca para aborrecer de la revolución, tal como Alexis de Tocqueville hizo.

Si la crisis del Antiguo Régimen está latente dentro de su persistencia y su resistencia reajustando los modos de dominación y subordinación de las elites y grupos dominantes y subalternos, explicar su némesis, es decir

la Revolución francesa y sus sucesivas ondas posteriores, evidentemente es para Mayer un desafío difícil de orillar. El mismo explica que en 1991, cuando acepta dar las conferencias que sirven de base al libro que nos ocupa bajo el título *Violencia y Terror en los tiempos de la Revolución francesa y rusa*, está bajo la influencia de la fuerte disputa que dividió a los historiadores franceses durante el Bicentenario. Y, afirma, que a las lecturas tradicionales conservadoras, contrarrevolucionarias de la Revolución francesa, que desde los orígenes revolucionarios habían existido, se ha sumado una nueva/vieja escuela «como si el viejo vino de la polémica se estuviese vertiendo en las nuevas botellas historiográficas» que desde los ojos de la contemporaneidad veía en Vichy un último episodio de la contrarrevolución o en los comunistas franceses unos continuadores de los jacobinos haciendo bueno el *dictum* de que «toda historia es un estudio del presente».

Aquella querrela de historiadores, como las anteriores en gran medida, había tomado la violencia revolucionaria como eje principal de la discusión, también como pretexto para abjurar de cualquier acontecimiento revolucionario que por el hecho de ser violento quedaba por ello mismo desautorizado. Según Zizek la historiografía de la Revolución francesa siempre ha reflejado estrechamente los virajes de las luchas políticas, si seguimos su reflexión de este autor en el libro *Robespierre. Virtud y terror*:

Los conservadores de todo tipo rechazan absolutamente la revolución de la que juzgan que desde el principio

fue una catástrofe, producto del pensamiento ateo moderno, y debe interpretarse como un castigo de Dios a los caminos extraviados emprendidos por la humanidad cuyas huellas deben borrarse por lo tanto tan completamente como sea posible. La actitud liberal típica es algo diferente: su fórmula es «1789 sin 1793». En resumen lo que desearían los liberales sensibles es una revolución descafeinada, que huela lo menos posible a revolución (Zizek, 2010, Introducción, edición Kindle).

La novedad de nuestra época es que tampoco la izquierda defiende ya el jacobinismo, puesto que no se compadece con el gusto o la sensibilidad del tiempo presente: nadie hay ya que rompa una lanza por la complementariedad de la Virtud y el Terror, o por la necesidad del Terror para que reine la Virtud. Las palabras de Saint-Just «Lo que produce el bien general es siempre terrible» ya no tienen quien las enuncie sino es en calidad de detractor.

Autores como Hannah Arendt han defendido que la libertad ha sido mejor preservada en aquellos países donde no hubo revoluciones. Las revoluciones «buenas» como la inglesa o la americana por oposición a las malas, como la francesa o la rusa, en las que se cruzó la pequeña diferencia de que eran sociales, al decir de Arendt, han acabado ganando la disputa del juicio valorativo de la Historia. El hecho de que la inglesa también recurriera a la guerra civil o a formas de ejercer el poder de excepción con Cromwell o que la americana conviviera desde su fundación con el horror y el terror de la esclavitud no parece que las rebaje en el puesto de ho-

nor que han alcanzado desde el punto de vista del paradigma liberal.

Enzo Traverso en su libro *La historia como campo de batalla: Interpretar las violencias del siglo XX*) abunda sobre estos nuevos odres historiográficos de los que habla Mayer y afirma que François Furet en *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, que publicado dos años antes de su muerte se ha acabado convirtiendo en su testamento intelectual, presenta el Terror jacobino como el modelo de la violencia bolchevique. De esta manera el propio Furet daba un paso más y se apartaba de la idea de que el Terror había sido una especie de derrape del proceso revolucionario, que había desarrollado con Denis Richet en *La Revolución francesa*. Para Furet, el terror, tanto en la Revolución francesa como en la rusa, es una condición necesaria y contenida en la idea misma jacobina que no es más que el antecedente de la idea comunista. Ya lo había pensado y escrito Camus, desde otras intenciones, libertarias, y en otro contexto, en el año 1952, cuando publicó *L'homme révolté*, donde expone quela revuelta convertida en revolución, en la que el hombre ocupa la plaza del absoluto, deriva necesariamente sus propósitos hacia la totalidad. El revolucionario acaba tomando posesión de todo cuanto lo rodea. Y afirmaba que el reino de los bolcheviques es el de los fines, el de la sumisión al devenir, de la primacía de la Historia y de la liberación colectiva sobre los derechos de los hombres. Todo ello conduce desde su raíz al crimen de Estado y al totalitarismo.

Hay que concluir que las Revoluciones francesa y la rusa, si bien gozaron de grandes defensores, especialmente, los que se inscribieron en la tradición radical democrática, jacobina y, después, los herederos de la tradición marxista en torno a la III Internacional, sin embargo, también encontraron, desde sus orígenes, un frente de detractores que vinculó la crítica de los defensores del *ancien régime* con una escuela de intérpretes conservadores y liberales. Estos fueron los creadores de la vulgata del «verdadero» significado de las revoluciones como portadoras de la violencia y la dictadura, condiciones ineluctables y matriciales de su existencia.

Por todo ello, la lectura de las revoluciones de Arno Mayer en el libro que reseñamos es una especie rara, porque señala su propio camino. Comparte con la tradición liberal la consideración de que las revoluciones se caracterizan por ser fundacionales y suponen rupturas y un tiempo de destrucción del orden antiguo y construcción de un orden y tiempo nuevos. Señala que, en efecto, esos orígenes de destrucción epifánica van acompañados de procesos enormemente violentos. Por lo tanto, Mayer también asocia revolución a violencia y terror. Pero no se conforma con una explicación monocausal, reduciendo o remitiendo violencia y terror a la idea matricial jacobina/leninista. Los acontecimientos y los revolucionarios de julio no conducen ineluctablemente a las masacres de 4 de septiembre o de marzo o a la guerra de la Vendée; ni los hechos de octubre ni Lenin y la vieja guardia bolchevique predeter-

minan la guerra campesina en Ucrania o Tambov. En ese sentido se aleja de Camus, Arendt, Furet o posteriores intérpretes. Para explicar los procesos violentos o la existencia del Terror, que para institucionalizar las conquistas revolucionarias se acompaña de la dictadura, recurre a una explicación compleja donde se dan cita unas presencias mitológicas: las Furias. Estas deidades femeninas, que en Grecia se conocen como Erinias, persiguen la venganza y el castigo de los crímenes, cometidos en el interior de las estirpes, y tienen un carácter prepolítico, anterior a la fundación de la *polis* democrática. Al final de la *Orestíada* de Esquilo, la fundación del tribunal humano integra a las Erinias en el nuevo orden de la *polis*. La venganza se convierte en justicia, aunque el conflicto subsiste en segundo plano entre fuerzas contrarias. En ese sentido, la ambigüedad trágica no está liquidada: la ambivalencia persiste. Las Erinias pueden volver a materializar su amenaza siempre que la política no respete los pactos.

Mayer no predica una explicación universal del fenómeno revolucionario, sino que sus afirmaciones más generales provienen de una investigación comparativa muy minuciosa de los acontecimientos desencadenados en los dos procesos revolucionarios citados: la Revolución francesa y la rusa. Y, efectivamente, en estos procesos encuentra fenómenos recurrentes y concurrentes, aunque no los atribuye a cualquier hecho revolucionario con carácter universal. No piensa que cualquier revolución se deba producir con esos perfiles, pero sí que en las condi-

ciones de la Francia absolutista de finales del XVIII, con un estado central fuerte, de predominancia rural, con una Iglesia omnipresente y todopoderosa («Las revoluciones rusa y francesa se originaron y desarrollaron en países en los que una religión y una Iglesia oficial y monopolística permeaban cada faceta de la sociedad civil y política»), y en las de la Rusia de principios del XX, con condiciones muy similares, los factores desencadenantes de las Furias se aproximaron mucho y tuvieron efectos similares y perfectamente comparables.

Mayer parte del hecho de que no hay revolución sin contrarrevolución. De facto hay tres ideas en las obras de este autor que hemos citado que se entrelazan para construir su interpretación de las violencias en el siglo XX: la persistencia del *ancien régime*, que ante la gran ola revolucionaria que se produce desde finales del siglo XVIII, disputa el terreno a los que defienden la igualdad y la libertad recurriendo a estrategias diversas; desde la guerra y el terror «blanco», pero también dando lugar a procesos de integración de sectores de la burguesía tanto en el terreno del reparto del poder político como en el de producción de discursos culturales de desautorización de la igualdad, de defensa de los valores aristocráticos y de temor ante el asalto de la sociedad de masas. Mayer interpreta, como hemos dicho, que las dos guerras mundiales son dos reacciones brutales ante los avances del asalto del movimiento obrero y de las posiciones igualitaristas. En esta línea el nazismo sería más una reacción que un *ordine nuovo*. De

hecho, para él, el Holocausto es también en gran medida una reacción que adquiere toda su horrorosa envergadura cuando las tropas de Hitler se lanzan hacia el frente del Este. Liga, pues, judeicidio y anticomunismo. Esta idea de la contrarrevolución como factor determinante y desencadenante del horror se redobla con la aparición de las Furias, elementos, como hemos visto, irracionales que están vinculados al *pathos* de la venganza/justicia, tanto más fuertes cuanto más enraizada está la desigualdad, que como ya había advertido Tocqueville, se volvió en ambos casos insufrible e intolerable.

Para analizar el Terror pasa revista a las tres hipótesis explicativas clásicas. Primera hipótesis: las circunstancias fortuitas son su primera causa y motor. Segunda hipótesis: la ideología es un prerrequisito esencial, causa necesaria (cuando no suficiente) y motor del Terror. Tercera hipótesis: la que asigna un lugar central a la actitud y motivación psicológica de los actores revolucionarios hegemónicos, que abrazan un credo ideológico categórico para hacer prosperar su asalto al poder. En definitiva un debate sin fin entre genetistas y ambientalistas. Su análisis se aleja de estas tres hipótesis clásicas y se centra en estudiar el retorno de la venganza «reprimida». Una venganza que Walter Benjamín calificó de «divina» en la medida en que «*vox populi*» es «*vox dei*». La venganza y sus Furias aparecen en el momento en que el centro del poder, el aparato del Estado fuertemente centralizado y que ha ejercido «legítimamente» la violencia hasta entonces, reforzado por una sacralidad intan-

gible que el rey o el zar como icono/padre representan, hace aguas y se fragmenta hasta desaparecer:

Tales momentos de tribulación son escuelas de primer orden para la resurgencia de la venganza retributiva y vindicadora por agravios históricos, por reveses en la guerra civil y exterior y, especialmente, en el campo, por las odiosas intrusiones del estado conminatorio y la ciudad corruptora. La venganza se forja con argumentos –reales o imaginados– de religión, cultura, política e ideología, y en nombre de la comunidad, la clase y la nación (Mayer, 2014, p.165).

Como dice Mayer, no se puede minimizar la importancia de la ideología jacobina en el proceso, pero la acción revolucionaria y la contrarrevolución permitió a los jacobinos responder y reajustarse, realimentarse y cambiar, puesto que el escenario de la revolución es político y no ideológico:

Ciertamente, la escala, intensidad y tenacidad de estas resistencias fueron más allá de lo imaginado, como se manifestó en sus crueldades y horrores. No se puede negar o minimizar la importancia de la ideología jacobina en la percepción y representación de tales imprevistos, así como en la confección e implementación de las políticas; pero igual que la ideología influyó en las respuestas a hechos inesperados, aquella fue, a su vez, modelada y conjugada por estos últimos (Mayer, 2014, p. 417).

Recupera el pueblo una soberanía que ejerce sin freno, sin instituciones y, en parte, está legitimado en el ejercicio de la violencia popular por una secular

justicia que, especular y espectacularmente, se ha impartido como una representación del castigo más cruel.

Pero hay más, la violencia y su correlato de Terror tienen escenarios privilegiados en las guerras campesinas, que además son civiles: la Vendée en Francia es un ejemplo de guerra civil en un medio rural que además se reviste de guerra de religión. Mayer nos hace observar que hay una mirada urbana, tanto desde París como desde Moscú y Leningrado, despectiva del medio rural que se percibe como bárbaro e «incivilizado». Todo ese cóctel tiene consecuencias multiplicadoras: las venganzas de los dos bandos serán terribles y producirán más destrucción y muertes que todas las jornadas revolucionarias de París. En Ucrania y Tambov los acontecimientos no serán muy diferentes.

Por último, Mayer reclama también el papel que el miedo jugó como desencadenante y en esto sigue la tradición de la historiografía de la revolución. El miedo ligado a la guerra en el exterior, a la invasión de la patria por los ejércitos enemigos. Pero siempre integrado en el esquema explicativo que hemos intentado exponer. Incluso afirma que el Terror arrecia en momentos en que los ejércitos de la revolución avanzan y obtienen éxitos y donde el miedo podía haber aflojado la garra sobre los espíritus. La Revolución francesa desembocará en una guerra exterior, mientras que la revolución rusa interiorizará la guerra, sobre todo en el periodo estaliniano.

De Mayer se pueden sacar importantes lecciones: tanto en la manera de

evaluar las formas en que el *ancien régime* se diluyó, así como *el tempo* en que lo hizo, tras una sostenida y también persistente derrota, tan persistente, al menos, como su estrategia de fondo de supervivencia, así como también para observar episodios distintos de ruptura revolucionaria. Aplicando su análisis a la realidad de los hechos violentos que estallaron en España en 1936 no podemos sino reconocer con un cierto escalofrío el escenario de la España revolucionaria de los primeros meses de la contienda civil. Hasta que el Gobierno pudo hacerse con las riendas de la violencia legítima del Estado y que volvieran a funcionar los tribunales de justicia y la policía aunque fuera dentro de los límites de una situación de guerra civil. En España no falta de nada: monarquía central corrupta, Iglesia todopoderosa, golpe de Estado que hace que se desfonden los cimientos de la autoridad, venganza sedienta de justicia, sobre todo en el mundo rural, desigualdades que eran manifiestas en las representaciones simbólicas, violencia antropológica que los rituales de las fiestas representaban y que apenas contenían, relaciones de dominación entre los sexos en crisis, como demuestra la literatura de la época en la que las mujeres son vistas como elementos retardatarios en manos de los curas.

El libro que reseñamos, excepcionalmente riguroso y sugerente, nos lleva a hacernos unas cuantas reflexiones. En primer lugar, ¿son todas las revoluciones violentas ineluctablemente? Más arriba hemos intentado contestar a esta pregunta: las estudiadas en el libro lo son, pero esta característica no

se predica como universal. En segundo lugar, ¿desautoriza la violencia cualquier hecho revolucionario pasado o por venir? Es decir, ¿hay que olvidarse de la Revolución como medio o proceso de los pueblos para romper con el pasado?

Lejos de mí el querer responder estas preguntas que, en definitiva, hay que contestar colectivamente y desde la política y no desde la orilla de la Historia. Pero quizás podamos hacer algunas consideraciones: las revoluciones dependen en su desencadenamiento de una dinámica o economía muy compleja, del deseo de las masas de un mundo mejor y más justo, que en un determinado momento aparece como un escenario inevitable. Las elites gobernantes pierden en algunos momentos la capacidad, el poder de oponerse a una presencia del pueblo inevitable que lo lleva a adelantarse al primer plano de la historia y contar, aunque sea por un breve espacio, su propio relato, sin intermediarios inmediatos. Podrá mediar, aplazar, alterar, desplazar, condensar, pero en esos momentos de la verdad revolucionaria, de los orígenes del tiempo nuevo, nada podrá interponerse entre los actores y su resolución. Derribarán lo que se encuentre a su paso y luego se detendrán para ver cómo pueden institucionalizar sus conquistas que no son otra cosa que un futuro contenido en un pasado desechado.

En la medida en que las desigualdades se reequilibren o los regímenes democráticos se vuelvan más inclusivos, y la religión desaparezca como factor institucional y simbólico del orden,

hay que esperar: que los estallidos de las masas revolucionarias vayan por derroteros distintos y que los cambios se produzcan en escenarios más pacíficos y respetuosos, que el juego del enfrentamiento social y político se dé entre adversarios antagonistas y no en la dinámica amigo/enemigo, que la democracia sea agonista, como dice Mouffe en su relectura de Gramsci, para que no se anule la acción política borrándola detrás de un consenso que elimina las diferencias y el conflicto. La democracia no puede ser entendida como el final ni de la política ni de la Historia, sino más bien al contrario.

Arno Mayer no aborrece de las revoluciones y, quizás por eso, porque no está empeñado en considerarlas esencialmente demoníacas, puede comprenderlas en toda su complejidad. Es una voz que se escapa del coro liberal y neoliberal que arrojó y sigue arrojando al estercolero de la historia las revoluciones por antihumanistas y violentas, pero que sin ver la menor de las contradicciones en ello convivió y convive con la desigualdad de los sexos, el esclavismo, el colonialismo, el imperialismo, el hambre y las guerras devastadoras sin descomponer un ápice sus ademanes cínicos de superioridad moral.

REFERENCIAS BIBLIGRÁFICAS

- ARENDRT, H. (2013), *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza Editorial.
- CAMUS, A. (1996), *El hombre rebelde, Obras Completas*, Madrid, Alianza Editorial.

- ERREJÓN, I. y Ch. MOUFFE (2015), *Construir Pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*, Barcelona, Icaria
- FURET, F. (1978), *Penser la Révolution*, París, Gallimard.
- MAYER, A. (1994), *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa desde 1848 hasta la Gran guerra*, Madrid, Alianza Editorial.
- (2002), *La solution finale dans l'histoire*, París, La Découverte.
- MAYER, A. (2014), *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- ZIZEK, S. (2010), *Robespierre. Virtud y terror*, Madrid, Akal (edición Kindle).
- TRAVERSO, E. (2013), *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España

.....
 DOLORES SÁNCHEZ DURÁ en doctora en Historia y presidenta de FEIS (Valencia)